

Reflexiones sobre la accidentada trayectoria de la sociología en la Argentina

La sociología universitaria en la Argentina es una disciplina joven, pero ha tenido una vida accidentada. Joven: se inició en 1957, cuando Gino Germani creó la primera carrera de sociología del país en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires¹. A tal punto accidentado fue su desarrollo que el término «universitaria» remite ambiguamente a un ámbito institucional y a un estilo de argumentación con determinadas aspiraciones de consistencia, pero sirve, también, para evitar plantear de entrada interrogantes sobre la cientificidad, el rigor conceptual y los fundamentos epistemológicos identificatorios de sus distintas etapas. En tanto análisis diacrónico de un campo intelectual, el estudio de la sociología universitaria en la Argentina supone introducir subperiodizaciones pertinentes que no necesariamente coinciden con las efemérides y cortes imaginados por los actores. Principio de validez universal, la desconfianza y la duda sistemática que la sociología debe imponerse frente a la óptica autorreconfortante de todo actor social, no podría dejarse de lado cuando se trata de pensar la práctica de los sociólogos. La mirada espontánea de los sociólogos sobre su disciplina refleja, como la de cualquier otro actor social ante su entorno de cosas familiares, sentido común, pasiones e intereses. Allí donde el actor celebra, el análisis sociológico pregunta por las reglas del juego y por la lógica de la revelación y del encubrimiento. Aproximación sucesiva, provisoria y corregible, el punto de llegada del análisis sociológico es siempre, a su vez, un nuevo punto de partida. Si se trata, como en este caso, de explorar un territorio poco frecuentado; si quien lo hace es sociólogo y por lo tanto ocupa algún lugar en el campo intelec-

¹ Para el análisis de la sociología en el período anterior al que nos ocuparemos aquí, ver Juan Francisco Marsal, *La sociología en la Argentina, Los libros del mirasol*, Buenos Aires, 1963.

tual que convierte en objeto de estudio, y si se aceptan las claves de inteligibilidad de ese campo que aquí se propondrán, con facilidad el lector aceptará que no hacemos una afirmación de circunstancia al señalar el carácter abierto y discutible de este breve texto.

Gino Germani y la construcción inicial del campo sociológico: 1957-1964

Cuando Gino Germani creó la carrera de sociología, en la Argentina todavía no habían transcurrido dos años del movimiento militar que depuso al primer gobierno de Perón. Una parte importante de la sociedad, la mayoría de los intelectuales y de quienes entonces trabajaban en la transformación de las universidades, veía el futuro con optimismo. La creencia en el progreso y en la razón fueron condiciones que en muchos países facilitaron el surgimiento y desarrollo de la sociología. El caso argentino no fue distinto. Quienes suponían que había llegado el momento de lograr la estabilidad política democrática y el crecimiento económico cifraban expectativas positivas en el aporte que al respecto podían realizar las ciencias sociales. La interpretación de quienes creían que el país había superado una época de irracionalidad política daba aún más cabida a las ideas favorables al desarrollo de las ciencias sociales y del saber científico en general. En ese contexto, la universidad en vías de modernización tuvo amplia legitimidad social para crear la carrera de sociología. Además, sus promotores, y en especial Germani, revelaban un profundo conocimiento de los avances de la disciplina a nivel mundial. Era el momento de apogeo del estructural-funcionalismo. Lo que en esa teoría se caracterizaba como el paso de lo tradicional a lo moderno no resultaba ajeno ni desagradable al clima intelectual argentino. Los sociólogos norteamericanos de orientación estructural-funcionalista estudiaban los países menos desarrollados con una matriz evolucionista que acordaba bien con el optimismo reinante en esta orilla del Río de la Plata, pero, también, con el del resto de América Latina. Las clases medias, pensadas como protagonistas de los procesos de modernización, incluyendo en su definición componentes tan disímiles como los empresarios industriales, los profesionales o los profesores universitarios, debieron ser no sólo una categoría conceptual aceptable, sino también una imagen de sí mismos halagadora para quienes en la época impulsaban el desenvolvimiento de la sociología en el continente. Las interpretaciones estructural-funcionalistas sobre América Latina no ignoraban la existencia de «los obstáculos al desarrollo y a la democracia», designación que en sí misma in-

cluía la direccionalidad de los cambios venideros y el carácter provisorio de las trabas opuestas en su camino. Desde esa matriz de decodificación de los hechos sociales, en la Argentina la reflexión tendió a orientarse a las preguntas sobre dos estilos de comportamiento susceptibles de «obstaculizar» el desarrollo y la democracia: el de las clases altas tradicionales y el de las clases populares atraídas por el populismo.

León Bramson, en su libro *El contexto político de la sociología*², diferencia la forma predominante de practicar la disciplina en los Estados Unidos de aquélla que fue propia del continente europeo. La sociología norteamericana se encargó de estudiar «problemas sociales», dice Bramson, y sus investigaciones exploraron cuestiones tales como la delincuencia juvenil, la criminalidad, los prejuicios raciales, para sólo nombrar algunos ejemplos, a partir de una guía de preocupaciones que parecía tener como interlocutores reales o potenciales a actores societarios o agencias públicas capaces de resolver las anomalías por ella analizadas. Puede afirmarse que, tanto para la macro como para la microsociología norteamericanas, existía una idea de la intervención en la resolución de los «problemas sociales», y esto daba a la disciplina un carácter práctico que no entraba en contradicción con el interés por la teoría que mostraban algunos de sus autores más conocidos. La sociología europea se contraponía al modelo americano, sostenía Bramson, por el hecho de tomar como foco de su interés «el problema social», considerando que había un problema o conflicto central, a partir del cual cabía ordenar la reflexión y la investigación de la sociedad. No es este el lugar para discutir los distintos grados de adecuación de las ideas de Bramson al efectivo desarrollo de la sociología en ambas regiones pero, considerándolas una manera de destacar tendencias dominantes, perfectamente pueden aceptarse. A los fines de este artículo nos interesa señalar que la influencia norteamericana, teórica y metodológica, que gravitó sobre los primeros años de la sociología en la Argentina, condujo a quienes la practicaban a pensar e investigar, predominantemente, sobre los problemas sociales. Al igual en los Estados Unidos, esta manera de encarar la labor sociológica en la Argentina se articulaba con la primacía teórica del estructural-funcionalismo. Desde comienzos de la década del 60 se hizo notorio el desacuerdo con dicha escuela teórica en los principales centros de elaboración de sociología de Occidente, incluidos los Estados Unidos. Unos la cuestionaban desde una perspectiva microsociológica e individualista y otros, por la poca significación que daba al conflicto y al cambio social.

Al despuntar los años 60, el clima intelectual de la Argentina ya era distinto al del momento de creación de la carrera de sociología. El optimismo había cedido el paso a nuevos interrogantes sobre el futuro próximo. Las clases medias, hipotético actor de la esperada modernización, fracasaban

² Bramson, León: El contexto político de la sociología, Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1965. Sobre los estilos de desarrollo de la sociología, ver Friedrichs, Robert: Sociología de la sociología, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1977.

en el intento de consolidar el régimen democrático, y otro golpe de Estado militar, en 1962, desalojaba al presidente Frondizi del gobierno. Para entonces, quienes habían cifrado sus esperanzas en proyectos reformistas dudaban de su viabilidad. Los «obstáculos» al cambio, provenientes de los comportamientos de las clases altas tradicionales, resultaron más fuertes que lo previsto por las ideas modernizadoras. Las clases populares, por su parte, mantenían su adhesión al populismo y así no sólo aportaban su cuota de preguntas a la sociología, sino que, además, con su capacidad de movilización y protesta, identificadas con Perón y el peronismo, contribuían a desatar periódicas crisis políticas. Frondizi había iniciado un proceso de modernización de la economía mediante el estímulo a las inversiones extranjeras, que tuvo como contrapartida el crecimiento de la influencia de las ideas antinorteamericanas, en especial en los jóvenes y en el mundo universitario. Ese contexto interno se combinó con el impacto de la Revolución Cubana y el primer intento de construir el socialismo en América Latina. Agreguemos a esto la recuperación, a nivel mundial, del prestigio universitario de las ideas marxistas y tendremos un cuadro muy resumido de la situación global en la que finalizaba el ciclo de Gino Germani de la sociología en la Argentina.

Sin que se pueda establecer una correspondencia lineal, dada la autonomía propia que tiene la construcción del conocimiento, es evidente que, en el transcurso de la primera mitad de la década del 60, la transformación de las condiciones sociales, políticas y culturales de la Argentina quitaba a la sociología que practicaban Germani y sus discípulos la aceptación que había tenido en sus primeros momentos. Carente de nexos firmes con los sectores más tradicionales de la sociedad, que veían la sociología como una ciencia de izquierda y crítica del orden social; sin vinculación con las organizaciones políticas y sindicales de las clases populares, a las que consideraban una anormal persistencia de las manipulaciones populistas; descontentos con el intento modernizador de Frondizi, al que reprochaban haber cedido ante las presiones e intereses internacionales y de los sectores tradicionales; demasiado modernos como para tener buenas relaciones con el pequeño, pero culturalmente influyente, partido comunista; decididos defensores de los valores civilistas y, en consecuencia, sin expectativas hacia la modernización «desde arriba» que por entonces pergeñaban fracciones militares asesoradas por algunos profesores de ciencias políticas, todo esto generaba una red de situaciones que dejaban a Germani y sus discípulos con un solo y eventual apoyo posible: la incipiente comunidad sociológica y los estudiantes de la disciplina. Pero tanto las nuevas y más interesantes ofertas culturales y teóricas que circulaban por el mundo y tenían un rápido impacto en la intelectualidad argentina, como la intensidad de la movili-